

# EL FIN DEL MUNDO

Alfredo F. Alameda

Con el transcurrir del tiempo el sol se fue apagando y el planeta se fue quedando frío. Cada noche era un poco más larga y negra que la anterior. La vida se fue concentrando en las zonas más templadas, que con el paso de los años iban disminuyendo. La supervivencia llegó a ser el único objetivo de los seres vivos que poblaban aquel planeta. La mitad de ellos cayó víctima de la otra mitad, el frío y el hambre consumaron la tragedia.

El sol parecía alejarse. La luz llegaba con escasez y tristeza, y los volcanes languidecieron.

Ríos y manantiales comenzaron a congelarse y, una tras otra, fueron extinguiéndose las diferentes especies de animales y plantas que desde el inicio de los tiempos habitaban y conformaban el planeta. Los grandes lagos de las zonas más templadas también se congelaron. Los mares, ya sólidos y fríos, estrujaron la tierra hasta lastimarla, convirtiendo al planeta en una masa compacta e inerte.

Finalmente se heló el aire. Los vientos se detuvieron formando una barrera espesa y gélida sumiendo al astro en la oscuridad más absoluta.

Poco a poco se fue encasquillando su rotación y lentificando su giro alrededor del exangüe sol hasta que se detuvo y cayó muerto al abismo.

Cayó.

Cayó y cayó precipitadamente durante una inmensidad de eternidades atravesando desordenadamente una nada sin fin, cruzando espacios permanentes sin destino ni esperanza.

No había norte ni sur. No había luz ni vida; solo había un planeta frío y oscuro que caía indolente en un espacio sin fronteras ni futuro.

Pasó mucho tiempo. Tiempo sin medida.

Vagando vertiginosamente por aquella nada el planeta se introdujo en un tenue fulgor que flotaba casualmente en su camino. La velocidad de caída se redujo más y más a medida que se sumergía en aquella luminosidad, que pronto fue una inmensa nube resplandeciente habitada por decenas de cuerpos celestes que danzaban

ordenadamente en torno a una estrella energética que irradiaba luz y calor.

Las fuerzas gravitatorias y electromagnéticas que ordenaban el tránsito obligaron al planeta frío a planear por el vientre de aquel sistema hasta entrar en un zigzag perturbador para los otros cuerpos, sobre los que influía con sus arrítmicos y espasmódicos desplazamientos.

Buscando acomodó en aquel orden, pasaron algunos miles de años hasta que pareció enquistarse entre postreras y decrecientes convulsiones.

Más tarde, como el oso que se despereza al llegar la primavera, empezó a rotar impulsado por una necesidad ineludible sobre un eje imaginario. Primero lenta y torpemente, con armonía y precisión, después.

En su maniobra de acoplamiento el planeta había arrastrado cuerpos astrales empujándoles hacia otras posiciones. Uno de ellos, un pequeño asteroide gris que al recibir luz del sol mostraba hermosos relieves, se instaló en un orden elipsoidal alrededor del planeta, a modo de satélite, como el cachorrillo perdido en el bosque que adopta como madre al primer adulto que encuentra, sin importarle raza, origen o procedencia. Enseguida, astro y satélite se incorporaron a la traslación que en torno a la estrella luminosa, núcleo de aquella galaxia, seguían todos los planetas.

El sol, grande y energético, cuya majestuosidad rasgaba la interminable noche abismal como un aliento en mitad de la nada, envió su calor al planeta. Sus rayos eran tan potentes que la atmósfera pasó del estado sólido directamente al gaseoso. Los volcanes se activaron y los mares comenzaron a hervir hasta su total evaporación. Los azufres y otras sustancias que el planeta escupía violentamente desde sus entrañas, conformaron una atmósfera de gases densos y fétidos que impedía el paso de luz solar mientras se retorció en aquel infierno.

Pasaron más miles de años.

La atmósfera se hizo tan densa que el calor disminuyó. De nuevo la oscuridad se apoderó de él, interrumpida apenas por el resplandor crujiente de alguna grieta incandescente o por el fluir de alguna lava extemporánea. Y en aquella negrura pasaron más años. El bramido de la tierra amainaba y la espesura de la atmósfera se

fue aliviando en un proceso de negociación y equilibrio químico entre el calor que aquel sol mandaba y el que la atmósfera estaba dispuesta a tolerar.

Y aconteció lo siguiente, todo a la vez, de prisa y despacio, difícil de narrar con orden. En la misma proporción en que se mitigaba el ardor del planeta, aligeraba compacidad la atmósfera, hasta que los gases acumulados fueron transformándose, por medio de explosiones, en inmensas nubes de vapor, que al recibir el calor se precipitaron violentamente sobre toda la superficie del planeta, sin que ello alterase el orden de rotación y traslación.

Este fenómeno provocó grandes prodigios con toda naturalidad: la luz penetró suave y espléndida iluminando al planeta según su posición; ahora sí, ahora no. Cuando no, el planeta recibía una ligera luz que el satélite le enviaba de rebote. Y quedó establecida la luz y la oscuridad en periódica cadencia, y al mirar del planeta, quedaron establecidos todos los demás cuerpos celestes flotando en su destino.

El agua se vertió caudalosamente entre atronadores espasmos eléctricos horadando toda la superficie, surcando y anegando espacios, ocupando territorios y conformando una nueva orografía.

El planeta se enfrió.

La luz y el calor llegaban con franqueza y sin violencia.

Y siguió transcurriendo tiempo. Y en su transcurso, enormes depresiones de la superficie se colmaron de agua creándose mareas y oleajes con ciclos periódicos en conjunción con los otros astros. Sobre la masa uniforme de tierra corrían brazos de agua que manaban de sus entrañas formando ríos y lagos que más tarde se evaporaban y retornaban.

Y pasó más tiempo. Y a su paso se establecieron leyes físicas y químicas derivadas de cada acontecimiento. Esa era la manera en que las cosas habían de suceder. Y en esa manera de suceder las cosas, desde los sedimentos minerales acuíferos, sometidos a una lenta e inexorable carga energética en constante transformación química, surgió la vida. Apenas vida, inclasificable, unicelular, un ser primario y microscópico casi imposible, compuesto por una membrana

permeable que contenía un diminuto núcleo protéico que a poco de nacer se dividía configurando nuevos seres. Seres unicelulares también, pero vivos y autónomos.

Y la vida evolucionó. Los seres unicelulares primarios, de características apenas diferentes, dieron en otros seres, ya pluricelulares, de prodigiosa vivacidad reproductora. Muy pronto aquellos seres se propagaron por las aguas y en concordancia con las características de éstas, evolucionaban y se reproducían en febril afán, ocupando amplias extensiones marinas.

Y pasaron los años. Qué importa cuántos. Aquellas membranas eran ahora larvas y semillas que se desarrollaban inconsciente e incansablemente poblando el planeta, alentadas por un impulso irreprimible que les proporcionaba aquel clima benigno. Una incontable variedad de vida originó otra variedad más rica, amplia y compleja que fue a su vez predecesora de otra, y ésta de otra, y de otra, y de otra...

El planeta se vistió de hermosos colores y variadas fragancias, y la vida rebosaba por doquier.

La vida también estableció leyes. No eran leyes justas o injustas. No eran leyes consensuadas entre los planetícolas, eran leyes posibilistas. Los seres grandes eran fuertes pero escasos, los seres pequeños eran débiles pero abundantes. Unos se nutrían de otros y todos del sol.

Aquellas leyes no primaban al individuo sino a la vida. Cuando una especie amenazaba el equilibrio natural, algún acontecimiento extraordinario la mutaba o extinguía, y así, la vida continuaba en despiadada armonía.

Los seres de las zonas templadas tenían aspecto y costumbres diferentes a los que habitaban en zonas frías, y los animales marinos eran muy diferentes a los terrestres. Algunos vivían en la superficie, otros en las profundidades, y no pocos, se desplazaban través del aire. Todas las especies poseían destrezas heredadas que perfeccionaban y transmitían. Formaban grupos, familias, tribus y organizaciones para sobrevivir y perpetuarse.

En algún momento y en algún lugar un ser tuvo conciencia de sí. Se miró, miró cuanto le rodeaba, alzó la vista a la inmensidad vacía que había sobre él y tuvo

miedo. Y deseó cosas por encima de su instinto. El miedo le provocó ansiedad y el deseo impulsó su iniciativa. Y mezcló todo. Y, tal vez, lo mezcló mal. El miedo, la ansiedad, el deseo, la iniciativa, el instinto, y la propia conciencia, crearon un nuevo ser. Un ser nuevo, parecido al anterior y diferente. Este nuevo ser creó un nuevo mundo y dispuso leyes a su conveniencia.

Analizaba el transcurrir de su vida y de la vida de los otros seres. Decidió que algunas cosas eran de su gusto y otras no. Se empeñó en luchar contra las que le disgustaban y en esa lucha tropezó con fuerzas que le sobrepasaban, con poderes a los que no podía someter.

Cada acontecer era un misterio, cada descubrimiento una sorpresa. Observaba y razonaba torpemente sobre ello. Su reflexión le aportó destrezas específicas que le elevaban por encima de las demás especies y utilizó ese poder para someterlas. Su caminar por los tiempos creó una nueva sociedad, fuerte y organizada. Pero el primer temor que sintió cuando tomó conciencia de sí, anidó en su cerebro para siempre. Ese temor configuró el lado oscuro de los seres superiores. Ya no era suficiente con sobrevivir y perpetuarse, necesitaba saber.

Vio morir a sus congéneres y se asustó, primero pensó: tal vez, también yo muera algún día. Después tuvo la certeza de que así sería y se preguntó ¿por qué? ¿Por qué morimos?, y esa pregunta le llevó a otra: ¿por qué vivimos? Y se asustó tanto de no encontrar respuestas que no tuvo otro remedio que inventarlas para calmar su ansiedad.

A partir de incipientes verdades fabuló mentiras que se propagaron y arraigaron a través de su historia. Otros las heredaban, perfeccionaban y transmitían, llegando a ser consustanciales con su propia esencia.

¿De dónde venimos? ¿Por qué estamos aquí? ¿Cuál es nuestro destino? Una respuesta inventada para satisfacer cada pregunta. Un conocimiento universal supuestamente adquirido. Un castigo para la discrepancia. Una esperanza para la avenencia. Verdades inventadas, mentiras que ocultan verdades, verdades imposibles, mentiras piadosas.

La especie evolucionaba a ritmo intermitente lastrada por sordas pasiones de codicia, miedo, envidia y crueldad. Ninguna otra especie se apartó, en su desarrollo evolutivo, de los códigos naturales que regían sus comportamientos. Ninguna otra especie sentía miedo a lo desconocido ni padecía ansiedad, vivían en armonía con la naturaleza de su entorno; en sintonía y conocimiento de la realidad presente. Las cosas eran como eran porque resultaban imposibles de otra manera. Sólo los seres superiores, los animales con conciencia, representaban un peligro para sí y para los otros. Y mientras, este ser superior, construía un techo bajo el que protegerse, edificó un teatro para perpetuarse, pero no se llegó a percatar de que con el transcurrir del tiempo, el sol se iba apagando lentamente.

oooOooo